

El cabo era una fiesta

Andrés Mora



Capítulo 1

El cabo era una fiesta

Tirados en el pasto, mirando hacia arriba. Arriba, hacia las estrellas del Cabo Polonio. Tirando preguntas, como si jugaran un partido de frontón con las paredes del infinito. Sentían el eco de las palabras ir y venir como cometas en la noche. Brisas cálidas y frescas los abrigaban y refrescaban, mientras el pasto se movía como olas en cámara lenta. Estaban tan cubiertos de estrellas y oscuridad que bien podrían haber estado flotando en el medio de la nada.

—¿Te acordás de la primera vez que nos vimos? —preguntó ella.

Aquella noche él había salido con sus compañeros de trabajo a comer y tomar algo a Pizza Love. Durante la cena, en determinado —y determinante momento —, se le había caído una aceituna. La misma rodó, por toda la tabla de la picada y por toda la mesa hasta caer al suelo. La siguió con la mano y con los ojos, en una suerte de tierna descoordinación, casi atrapándola en cada rebote, hasta que se dio contra una bota de cuero. Siguió con la mirada —ahora sujetando la aceituna —, de abajo hacia arriba, mientras ella, la dueña de la botas, lo observaba curiosa. Nunca se hubiera imaginado que lo que él estaba pensando en ese preciso momento era lo agradecido que estaba porque le gustaran las aceitunas. Recordar esa historia fue como si cada uno comiera una aceituna que les sacó un poco el hambre, lo cual les vino bien ya que solo les quedaba la plata del boleto de vuelta a Montevideo y medio pan flauta.

—¿Y la primera vez que fuimos a bailar? —preguntó él.

A las dos semanas se habían encontrado —aunque ella prefería atribuirle cierta premeditación a aquella nocturna suerte —en el local bailable del Pony Pisador. En la fiesta sus cuerpos se movían como asteroides, describiendo tímidas trayectorias de atracción; dibujando ochos, letras, signos de interrogación y símbolos del infinito. Como si estuvieran conectados con los antiguos indígenas que solían bailar alrededor del fuego, girando en trances hipnóticos, juntando fuerzas para saltar hacia el otro lado. El calor proveniente del fuego de aquellos indígenas ahora parecía estar en sus ojos, convirtiéndolos en cuatro pequeñas estufas que hacían la noche un poco más placentera.

—¿Cómo fue la primera vez que discutimos? —preguntó ella.

Él se acordaba de aquella vez, pero no con disgusto sino con una sonrisa poco disimulada. Se acordaba la sed que tenían, producto de comer mucha comida mejicana. Ella estaba mala e intentaba manifestarlo sin éxito, ya que tomaba mucha agua: nadie puede ser malo mientras toma agua.

Lo que es más, él había logrado verle la mirada verdadera cuando tomó agua, como si fuera reflejada en una milenaria fuente de agua cristalina, como un espejo, en el que alcanzó a verse reflejado a él mismo.

—¿Te acordás de la primera vez que estuvimos? —preguntó ella. El pícaro brillo en los ojos de él le indicó que necesitaba ayuda para recordar. Ella sonrió. Él miró su reloj. No entendía cómo podían ser ya las tres de la mañana. Era como si las ganas comprimían y estiraban el tiempo.

Mientras empezaban mutuamente a juntar fuerzas para levantarse, él sonrió mirando hacia el cielo, mientras, con el dedo enhiesto hacía como que tocaba las estrellas. Lo que daría por poder agarrar con los dedos una de esas cometas que atravesaban galaxias y usarla como grapa, sujetando todos esos recuerdos de momentos, momentos de recuerdos, esas vivencias que transportaban juntos, firme a la tierra. Tan firme que ningún viento pueda soplarlas. Tan sólidas que ninguna lluvia pudiera aguarlas o sacarles el color. Plantándolas, haciendo que broten sueños de las mismas, como olivos gigantes.

Una vez que estuvieron parados, comenzaron a juntar los vasos —y chucherías varias —de donde habían tomado la poca y justa agua que les quedaba en la última noche de su viaje.

—¿Ahora se ven menos estrellas no? — preguntó ella mirando hacia arriba.

—Pará que las cuento —le dijo él, a lo que ella le felicitó el malísimo chiste —estoy llena de abrojos —agregó ella, pegándose palmadas en la cola y pecho. Él miró hacia arriba y le pareció sí que faltaban un par de estrellas.

Le sacó un abrojo dorado que le había quedado en el pecho, enredado sobre su buzo rosa, dándole simultáneamente un beso. Disimuladamente guardó el pequeño abrojo en el bolsillo de pechera de su campera de jean. Caminaron juntos por la playa, buscando su casa, guiados por el reconfortante humito que provenía de la chimenea de algún vecino.